

# El lugar

Elsa Lever M.

Serían alrededor de las nueve de la noche cuando Paty y Tere llegaron a ese bar ubicado en la zona rosa. Lo decidieron así porque era el único que conocían donde no cobraban cover y se podía bailar. Era buena hora para encontrar lugar, ya que poco después sería casi imposible.

El lugar que escogieron tiene buen ambiente. La estructura, a pesar del poco espacio, está bien pensada y es agradable a la vista. Semeja a alguna casa gringa, con motivos en madera y detalles vaqueros.

En realidad hay pocas mesas pero las barras sustituyen esa carencia, y cuando la fiesta está en grande -como a las once de la noche-, la mayoría de los asistentes permanece parado y es difícil caminar hacia el segundo piso donde se hallan los sanitarios. Claro que esta situación es parte del ambiente, pues el continuo contacto corporal da pie al intercambio de saludos y comentarios.

Hay mujeres en igual número que hombres, solas o acompañadas y las edades de los presentes fluctúan entre los 20 y 40 años.

En la parte superior está aún más concurrido, pero eso no es obstáculo cuando se trata de bailar. Hay monitores en la pared principal, en los cuales se exponen videos musicales al mismo tiempo que el diskjockey se luce mezclando su música preferida, en lo alto de una esquina donde se encuentra su cabina.

Paty y Tere son lentas para tomar; aunque les gusta cambiar de bebidas, se han dado cuenta que

no sucumben a los efectos del alcohol. No salen juntas con regularidad pero cuando lo hacen, como esa noche, es para confundirse entre la gente y disfrutar de su alegría un poco provocada por el aguardiente.

No faltan los galanes, los admiradores que ven, en ellas dos, una posibilidad de ligue, de pasar un rato bailando sin ninguna intención de prolongar la relación más allá de ese rato.

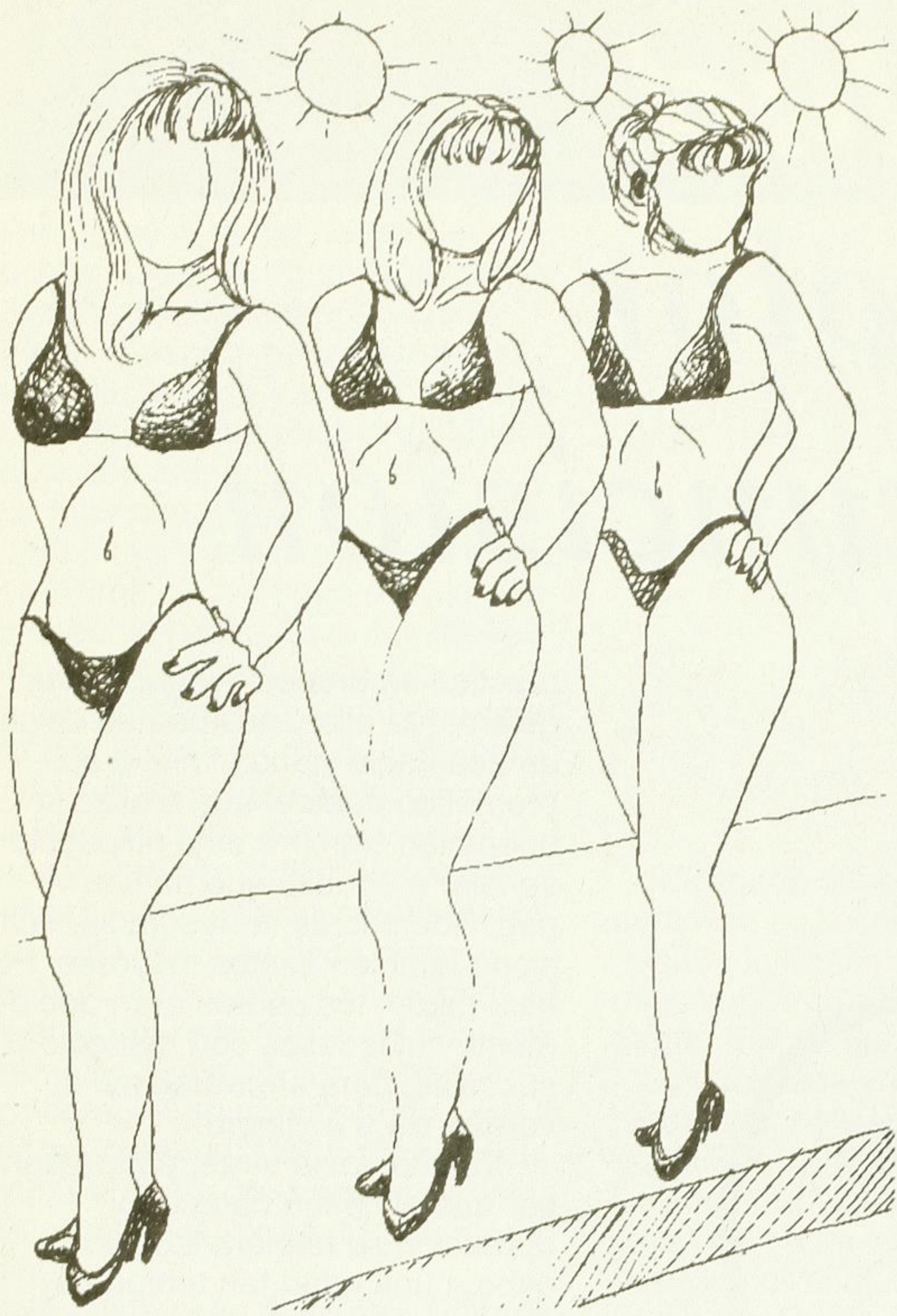
Procuran cuidarse una a la otra. No son reventadas y la mayoría dice que son fresas.

Llevaban poco más de una hora platicando y viendo los videos cuando una gringa se acercó a ellas, sonriente y con bastantes copas encima. Les dijo en su buen español, que tras haberlas observado, pensaba que estaban perdiendo el tiempo y su juventud, al ir allí a pasar las horas mirando televisión. Les

quiso enjaretar a unos vecinos de mesa, sin éxito. Les señaló algunos prospectos de origen extranjero y los llamó. Eran alemanes y tras entablar una divertida plática, las dos amigas desaparecieron hacia el sanitario, que por cierto, llevó tiempo subir por una escalera invadida ya por los parroquianos.

Estaban Paty y Tere a punto de marcharse cuando el diskjockey calló la música y tomó el micrófono anunciando el show de esa noche.





Eran cerca de las once de un miércoles. Pidió que desalojaran un estrecho espacio entre las mesas centrales para despejar el pasillo donde bailarían cuatro mujeres. Solicitó atentamente que el público masculino mantuviera su cortesía y no faltara al respeto a las "edecanes".

De entre la gente surgió una joven muchacha con indumentaria normal, bailando al ritmo de la música. Tenía cabello lacio, rubio y corto, muy esbelta y con el rostro indiferente que no ocultaba su corta edad.

Comenzaron los gritos, las palmas, los silbidos, las sonrisas y las miradas lascivas de los hombres que contrastaban con los gestos austeros y despectivos de las mujeres. La joven se retiró al segundo piso y bajó otra.

hasta la cintura, más redondas sus líneas y reflejando en el rostro una leve renuencia a realizar lo que estaba haciendo. Nerviosa dirigía miradas de auxilio a las mujeres y miradas de disgusto ante un hombre -siempre hay uno- dispuesto a trasgredir las normas establecidas, el cual con la copa en una mano, con la otra la tomó de la cintura girándola frente a él.

Los comentarios se dejaron escuchar: la primera estaba más buena pero muy "polla", la segunda muy ruca, la tercera transmitió su molestia y por tanto, aún no tenían preferida.

Llegó la cuarta que sin duda, era la que esperaban. Con alegría y energía, surgió con un sombrero vaquero en la cabeza, agitando el brazo derecho y lanzando un grito de placer. Era rubia, de cabellera

También rubia, muy alta, de cuerpo excelente, cabello largo y rizado.

El maestro de ceremonias la presentó y preguntó si aún los hombres las preferían rubias, a lo que contestaron que sí entre vitoreos. La mujer, que tendría entre 28 y 32 años de edad, se con-toneó bailando, deslizándose hasta el piso provocando que los ojos masculinos se detuvieran en los senos que se veían a través de su amplio escote y tela entallada.

Apareció la siguiente, esta vez, era una morena con cabello lacio negro, largo

larga y exuberante. Sonreía y con seguridad retaba la mirada rencorosa del sexo femenino y fue ella, quien se acercó a los hombres al pie del pasillo. El tipo que había resaltado por no quedarse con las ganas, alto, panzón y aire norteno, la sujeto de la mano y la hizo bailar ante él a lo cual ella respondió con una sonrisa franca.

Se marchó y el diskjockey anunció que ahora vendrían las mismas en traje de baño.

En este breve receso, algunas mujeres tomaron a sus acompañantes del brazo y abandonaron el lugar. Otros hombres, solos, pagaron su cuenta y se fueron sin presenciar la segunda parte del show que ya mantenía excitados a los presentes.

Hicieron acto de presencia, una por una, con finos trajes de baño, de piel y likra, negros, con poca tela que permitían ver parte de sus glúteos, espalda y senos. Sobre altos tacones bailaron recibiendo besos en el aire. El locutor preguntó cuál les gustaba más. Aplausos para la más buena, para la más sensual, la más sexy, a la que se llevarían aunque fuera un fin de semana.

Arriba, las bailarinas recibieron algunos roces. Demasiados hombres, demasiados borrachos y demasiados machos en un espacio muy pequeño para evitarlo.

Era la medianoche cuando Paty y Tere salieron del bar. No supieron si habría una tercera etapa del modelaje...

Las mujeres seguimos siendo carne de cañón. Observadas, calificadas de acuerdo a la feminidad que reflejamos. Continuamos sirviendo el viejo papel de pasaporto de los hombres, de satisfactores de sus fantasías machistas, de su ego y disparadoras de sus inseguridades.

"Friday" tiene su magia. No cover, ambiente agradable y show gratis para hombres que gozan al ver mujeres exhibiéndose ante ellos, pero renuentes a imaginar que sus parejas o hermanas siquiera miren a un hombre, siquiera alcen la voz. *Jem*